

EL PELIGRO EUROPEO

El libro de Jean-Jacques Servan-Schreiber, «El desafío americano», ha causado gran impresión en toda Europa. De pronto hemos caído en la cuenta de que una gran parte de nuestro potencial económico está en manos americanas. La producción americana en Europa llega a situarse en el tercer lugar mundial, después de la producción de los propios Estados Unidos y la URSS. Los lazos económicos, mucho más sutiles que los políticos, hacen temer una dependencia peligrosa de Europa con respecto a la gran nación norteamericana.

Sin caer en el determinismo marxista, que subordina todas las realidades humanas a los factores económicos, no podemos negar que la situación económica de un determinado país condiciona muchas de las actitudes de sus habitantes. Es un hecho admitido actualmente por muchos sociólogos que el neocapitalismo provoca una alienación en el individuo, tal vez más temible que la originada por el liberalismo manchesteriano de peor laya, al comienzo de la revolución industrial.

El europeo medio cuenta hoy día con una serie de ventajas y comodidades materiales que, por lo general, satisfacen sus aspiraciones. Tiene su propia casa, su coche y su aparato de televisión; tiene dos hijos y toma la píldora anticonceptiva; lee «Life» y los informes Kinsey; es conservador en política, aunque se escude bajo nombres tan bonitos como socialista o demócrata; los fines de semana acude con su familia al campo, pasa las vacaciones en España y tiene un seguro de vida y accidentes, que le protege contra cualquier eventualidad. En una palabra, tiene una vida perfectamente asegurada... o pretende tenerla. Y eso es lo malo: que tiene todo o casi todo, y más que arriesgar, quiere asegurar.

No voy a decir yo que el bienestar material sea malo. Antes al contrario, es deseable que todos los hombres puedan alcanzarlo, y cuanto antes, mejor. Tampoco pretendo criticar la prudencia, de la que se ha llegado a decir (yo creo que con un poquito de exageración) que es madre de todas las virtudes. Pero una cosa es la prudencia, y otra cosa la cobardía. La existencia humana, cuando se vive con honradez, es un continuo riesgo. ¿O acaso no es un riesgo la elección de una vocación, la fe cristiana, el compromiso con los demás hombres, el traer al mundo unos hijos...? Sí, es un riesgo: el riesgo de equivocarnos, de fracasar, pero también de progresar, de avanzar, de ser más hombres. «Quien no se arriesga, no cruza el río», dice un antiguo refrán. Yo mucho me temo —ojalá me equivoque— que el europeo medio actual, refugiado en sus ventajas y seguridades, no quiera ya correr ningún riesgo. La vocación se subordina entonces a las ventajas económicas, las relaciones sociales a la propia seguridad, y la misma fe se convierte en un seguro para la otra vida. El hombre se liga a lo ya conseguido: se hace esclavo de su situación (de su «bienestar» actual). Mucho me temo que Nietzsche nos volvería a llamar hoy «raza de esclavos». Sartre, con su habitual mal gusto, emplea otro adjetivo: «salaud». Y yo, a fuer de sincero, no me atrevería a decir que no tengan razón.

«El miedo al riesgo —dice Lepp— y el huir de él acarrear la paralización del impulso creador de la vida y entregan en manos de la neurosis a un hombre inerte». Este es el gran peligro que yo veo en la Europa actual: que el hombre se conforme con las pequeñas ventajas materiales ya conseguidas, y no se lance a la conquista de nuevas metas. El antiguo régimen liberal mantuvo al hombre en una pobreza material degradante. El neocapitalismo satisface al hombre en lo material, mas, de tal manera, que le hace olvidar otras aspiraciones más profundas: le degrada espiritualmente.

A mis oídos llega la noticia de que una excelente religiosa se ha ido a la guerrilla en Guatemala, asqueada de una situación social enervante. Un buen amigo mío canadiense acaba de abandonar un brillante futuro intelectual, para hundirse en la miserable vida de las chabolas brasileñas. Yo no soy quien para juzgar ni a una ni a otro. No puedo canonizar a la religiosa que se va a la guerrilla, ni al intelectual que abandona su cátedra. Pero tampoco puedo condenarlos. Simplemente, admiro su elección —una elección que me consta les ha costado lágrimas de sangre. Ellos se han lanzado al riesgo de una existencia que consideran más auténtica. En palabras más actuales, se han comprometido.

Ese es el gran peligro que yo veo en Europa: que nos contentemos con lo ya conseguido, que nos apoltronemos en unas simples ventajas materiales, y no queramos correr el riesgo de entregar nuestras vidas a ideales superiores —a lo que tan acertadamente llamó Unamuno «ultratumbes». La fe y el amor exigen una entrega incondicional, pero se fundamentan en la esperanza. El europeo medio ya tiene «pan y circo». ¿Para qué más? Y eso es lo temible: que tal vez ya no espere nada.

IGNACIO MARTIN-BARO

"Diario Regional"

21-Febrero-1968